

ENFOQUES PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE AMERICA

En 1932 el historiador norteamericano Herbert Bolton, entonces Presidente de la Asociación Americana de Historia, pronunció una disertación sobre la unidad de la Historia de América y desató, quizá sin sospecharlo, una vigorosa polémica de la que han participado historiadores americanos y algunos europeos.

Partiendo de la base de que no era posible el estudio aislado de las respectivas historias locales, Bolton proponía un enfoque unitario para encarar la problemática de la historia americana. Inspiraban esta necesidad razones no sólo de orden metodológico sino también práctico ya que por entonces tenía fuerza la tendencia pragmatizante de la historia, representada en los E.E.U.U. por el historiador Charles Beard, y es indudable que la misma operó en este sentido un singular influjo. Pero hubo también consideraciones de tipo político que contribuyeron a acentuar la corriente que tendía a generalizar el estudio de la historia americana.

Luego de analizar los procesos de colonización, independencia y organización de los distintos países americanos, correlacionándolos entre sí, Bolton encontraba similitudes y fases comunes en todos ellos, fases que se podían inscribir a su vez en el marco del Hemisferio Occidental. Finalizaba su trabajo proponiendo la realización de una síntesis de la historia americana, no como un sustituto de las historias nacionales sino como una estructura donde colocarlas.

Una de las primeras reacciones frente a la actitud arriba expuesta fue la que con gran vehemencia expuso el historiador mejicano, Dr. Edmundo D'Gorman quien, refiriéndose a la síntesis propuesta por Bolton, consideraba que la misma no contemplaba el factor humano, por ejemplo las grandes diferencias derivadas de un pasado protestante y un pasado católico. Sólo estaba de acuerdo en la interpretación del término "Historia de América" hasta donde éste implicara la unidad del continente en un sentido espacial; pero "debo insistir -agregaba- en que las ma-

nifestaciones espirituales son el elemento esencial en la construcción de los esquemas históricos". Por lo tanto y, a condición de aceptar la tesis de Bolton, consideraba necesario demostrar previamente la existencia de una cultura específicamente americana y mientras ello no fuera demostrado esa síntesis quedaría como una bella y falaz ilusión.

En el año 1941 la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires fue invitada a que sus miembros expusieran sus puntos de vista sobre el tema, invitación a la que respondió el historiador Enrique de Gandía a través de un artículo titulado "El Panamericanismo en la Historia".

En ese artículo, que más que un punto de vista sobre la Historia de América era una crítica a la posición de O'Gorman, de Gandía sostenía que la unidad de América, como la de cualquier país, no tenía que depender necesariamente de la unidad de su cultura. Y en lo que respecta a América, luego de descartar las influencias de las culturas indígenas "que solo sobreviven hoy en los museos como arqueología o etnografía", sostenía que había habido entre la América inglesa y la Hispanoamérica un intercambio de ideas en el pasado que nos había mantenido más unidos de lo que hasta entonces se había supuesto. Y para el momento en que escribía (desarrollo de la segunda guerra mundial) la unidad debía basarse en la existencia de un interés común frente al peligro del triunfo alemán. Ese interés era el de la independencia, la libertad y la democracia.

El historiador norteamericano William Binkley por su parte enrolado en la corriente unitaria, analizaba el proceso histórico americano encontrando semejanzas y diferencias en los distintos aspectos pero ponía énfasis en la etapa revolucionaria cuya causa fundamental en todos los países había sido la decisión de liberación de la fiscalización europea en los asuntos económicos y políticos. Y anteponía la conveniencia de obtener una vista completa de todo el panorama americano antes que aspirar a comprender el significado de los acontecimientos y experiencias del pasado que, tomados en conjunto, formaban ese panorama.

Fuera ya de la polémica, es interesante considerar el punto de vista pluralista del prestigioso historiador colombiano Germán Arciniegas para quien existen, en realidad, cuatro Améri

cas "que representan cuatro áreas históricas, cuatro experiencias, cuatro estilos, cuatro personajes que andan en busca de una expresión, es decir: de una cultura". Ellas son: la América indoespañola, la América portuguesa (Brasil), la América inglesa (E.E.U.U.) y la América anglofrancesa (Canadá). Y si bien las mismas aportaron a la cultura universal como una aspiración común la dimensión de la democracia -sostiene-, en el plano de la acción se observan profundas diferencias de método. Y profundas diferencias se observan también en el proceso que va del descubrimiento a la independencia pasando por la conquista y la colonización, al punto de que lo que es válido para la América española también lo es, pero en sentido inverso, para la historia de las E.E.U.U. si consideramos que la embarcación de los peregrinos del "Myflower" constituye una demostración romántica de la independencia y la llegada a los territorios de Nevada y Oklahoma, luego de la conquista que se inicia en 1848, el verdadero descubrimiento..

El conocido historiador norteamericano Charles Griffin trató de "desmistificar" -según su expresión- algunos de los aspectos en los que basa la diferenciación de procesos históricos la escuela bipolar que enfrenta los dos grandes contextos: la América Anglosajona y la Indoespañola. Analiza entonces los procesos históricos de ambos contextos haciendo notar las lógicas variaciones pero buscando los elementos comunes de ambos mundos hasta llegar a nuestros días, en los que sería imposible -diciendo- negar las grandes diferencias culturales de ambas regiones: la mayor tendencia materialista y pragmatizante en los E.E.U.U., frente a la actitud más intelectual y espiritual de las sociedades hispanoamericanas. Aunque según dicho autor esta situación se estaría revirtiendo en su país. Del encuentro de los elementos comunes descarta las distinciones no ya entre las Américas sino más aún las que pudieran existir entre América y Europa; pues hay un rasgo que las identifica en el contexto del Occidente en general: el de la libertad asociado al de la solidaridad y justicia social.

En el polo opuesto, el historiador español Jaime Delgado adscribe decididamente a la corriente bipolar y fundamenta sus puntos de vista en la obra "Introducción a la Historia de América".

Después de realizar una aguda crítica a las respectivas posiciones de algunos de los autores mencionados se muestra franco partidario de enfocar el estudio de la Historia de América conforme a la oposición que se da entre los dos grandes bloques: Anglo e Hispanoamérica. Haciendo referencia a las profundas diferencias entre ambas expresa: "Hispanoamérica es hija de la cultura grecolatina cristiana e hispánica, es decir de la Edad Media cristiana y católica, con la que no rompe el Renacimiento hispano... Angloamérica, por el contrario, es hija de algo tan diferente y opuesto a todo lo antes señalado como el Renacimiento paganzante, el Humanismo materialista y la Reforma protestante. Es decir Angloamérica es hija precisamente de aquello contra lo que combatió España sin descanso. Cómo pues van a converger Hispanoamérica y Angloamérica si representan justamente dos mundos culturales opuestos y enemigos?".

Pero la posición de Delgado se hace aún más extrema cuando manifiesta que lo propiamente indoamericano está dado por el carácter mestizo de Hispanoamérica, frente a lo angloamericano que es puramente europeo. Por lo tanto la Historia de América sería la Historia de Hispanoamérica, pues la Historia de América Septentrional en la época de la colonia sería un capítulo de la Historia Universal Moderna y la etapa posterior a la independencia lo sería de la Historia Universal Contemporánea.

CONCLUSION

No inspiró esta breve reseña, síntesis de un trabajo de cátedra del año 78 ("Historia de América III"), la intención de criticar, antes bien exponer objetivamente las diferentes posiciones asumidas con respecto a la unidad de la historia americana.

No obstante y, a modo de conclusión, apuntábamos en el trabajo arriba mencionado la necesidad de delimitar los fines y objetivos que deberían orientar la elaboración de un programa de Historia de América. Porque consideramos que si bien desde un punto de vista filosófico y político -como quieren algunos historiadores- es posible, aunque a costa de forzar los hechos, encontrar la unidad de la Historia de América, unidad que se in-

sertaría a su vez en la del contexto de la civilización occidental, desde una perspectiva eminentemente metodológica de investigación histórica se hace muy difícil englobar en un único proceso el dispar desarrollo histórico de los distintos contextos americanos.

La reciente participación de nuestra colega, la Lic. Nidia Galé de Kokot en el XV Congreso Internacional de Historia de Bucarest, Rumania, a cuyo informe incluido en esta misma publicación me remito, ha sido valiosa entre otras cosas por el aporte de novedades en torno de este tema.

En efecto, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia se hizo presente en el Congreso informando a través de sus representantes sobre el proyecto de una Historia de América escrita por americanos bajo la dirección del historiador venezolano Guillermo Morón y que ya se encuentra en ejecución.

Dicha obra se estructura en tres periodos: el indígena, el colonial y el nacional, abarcando cada uno de estos dos últimos tres áreas distintas: anglosajona, hispana y lusitana el periodo colonial; anglosajona, latinoamérica y lusoamérica el periodo nacional.

Destacamos la saludable innovación metodológica del programa que prevee la confección de una tipología de los regímenes coloniales, la elaboración de conceptualizaciones entre particularidades nacionales y generalizaciones y el establecimiento de un criterio comparativo.

La consecución y conclusión de este programa, en la medida en que no esté sujeto a premisas condicionantes y eluda actitudes ajenas al rigor científico que la disciplina histórica ha alcanzado en nuestros días, serán altamente positivas para la historiografía americana y su aporte a la historiografía universal será sin duda significativo.

Noviembre de 1980

Prof. Marta Morinelli de Cava